



XX

MIMÍ POSEE PLUMAS

«No, no, ya no es usted Liseta. No, no, ya no es usted Mimi.

»Usted es hoy la señora vizcondesa; pasado mañana será usted tal vez la señora duquesa, pues ha puesto ya el pie en la escalera de las grandezas; la puerta de sus ensueños se ha abierto de par en par ante sus pasos, y acaba de pasar por ella victoriosa y triunfante. Tenía la persuasión de que acabaría usted así un día ú otro. Por lo demás, era inevitable que sucediera; sus manos blancas estaban hechas para la ociosidad, y requerían ha tiempo la sortija de una alianza aristocrática. ¡Por fin tiene usted un blasón! Pero nosotros preferimos todavía el que la juventud imprimía á su belleza, la cual, merced á sus ojos azules y su rostro pálido, parecía partida en cuarteles de gules en campo de lis. Noble ó plebeya, lo repito, es usted encantadora; y la he reconocido perfectamente cuando pasaba por la calle la otra noche, con pie rápido y delicadamente calzado, ayudando con su mano enguantada á que el viento levantara los volantes de su vestido nuevo, en parte para que no se mancharan, y principalmente para dejar

ver sus enaguas bordadas y sus medias transparentes. Llevaba usted un sombrero de prodigioso gusto, y parecía sumida en una profunda perplejidad á propósito del velo de blonda que flotaba por encima de aquel rico sombrero. ¡Justo embarazo, por cierto! pues se trataba de saber qué era lo mejor y más provechoso para su coquetería, si llevar el velo bajo ó levantado. Llevándolo bajo, corría usted el riesgo de no ser reconocida por los amigos que hubiese encontrado al paso, y que, con seguridad, hubieran pasado por su lado sin imaginar siquiera que aquel opulento involucro ocultaba á la señorita Mimi. En cambio, con el velo levantado, era él el que corría el riesgo de no ser visto, y entonces, ¿para qué llevarlo? Usted resolvió ingeniosamente la dificultad, bajando y subiendo cada diez pasos aquel maravilloso velo, tejido sin duda en esas regiones de arácnidos que llaman Flandes, y que ha costado, él solo, mucho más que toda su antigua guardarropa... ¡Ah, Mimi!... Perdóneme usted... ¡Señora vizcondesa! Yo tenía razón, ya ve usted, cuando la decía:—Paciencia, no desespere usted; el porvenir está henchido de cachemiras, de brillantes joyeros, de cenas íntimas, etc.—; Usted no daba crédito á mis palabras, incrédula! Pues bien, mis predicciones se han realizado completamente, y valgo, cuando menos, su *Oráculo de las Damas*, un brujo en octavo menor que compró usted por cinco sueldos á un librero de lance del Puente Nuevo, y que usted fatigaba con sus eternas interrogaciones. Diga usted otra vez, ¿no tenía razón en mis profecías, y no me creería usted ahora si la dijese que irá aún más allá? ¿Y si le dijese que oigo ya, en las profundidades de su porvenir, las patadas

y relinchos de los caballos enganchados á un cupé azul, conducido por un empolvado cochero que baja el estribo ante usted, diciendo: «¿Dónde va la señora?» ¿Me creería usted si le dijese también que más tarde... ¡ah! lo más tarde posible, por Dios, alcanzando el término de una ambición acariciada largo tiempo por usted, tendrá una casa de huéspedes en Belleville ó en Batignolles, y será usted cortejada por ex militares retirados y Celadones (1) en expectativa, que irán á su casa á jugar al lansquenete y baccará clandestinos? Pero antes de llegar á aquella época en la que el sol de su juventud habrá declinado, créame usted, querida niña, consumirá muchas varas de seda y de terciopelo; muchos patrimonios se fundirán sin duda en los crisoles de sus caprichos; ajará usted muchas flores en su frente y hollará muchas otras bajo sus pies; cambiará usted muchas veces de blasón. Uno después de otro se verán brillar en su cabeza el rodete de las baronesas, la corona de las condesas y la diadema con perlas de las marquesas; tomará usted por divisa: *Inconstancia*, y sabrá, según sus caprichos ó necesidades, satisfacer uno á uno ó todos á la vez, al enjambre de adoradores que esperarán turno en la antesala de su corazón, como se espera turno á la puerta de un teatro donde se representa una obra de éxito. Siga usted, siga usted adelante, con el alma exenta de recuerdos que han sido reemplazados por la ambición; siga, el camino es hermoso, y hace tiempo deseamos que se deslice con suavidad bajo sus pies; pero deseamos,

(1) *Celadon*, personaje de la *Astrea*, célebre novela de D'Urfé. Ese nombre en Francia es sinónimo de amante constante, lánguido, discreto y tímido.

sobre todo, que todas esas suntuosidades, esos costosos vestidos no se conviertan en la mortaja donde se envuelva su alegría.»

Esto decía el pintor Marcelo á la joven señorita Mimi, que acababa de encontrar tres ó cuatro días después de su segundo divorcio con el poeta Rodolfo. Y aun cuando se esforzó en disimular las pullas que matizaban su horóscopo, la señorita Mimi no se dejó engañar por las buenas palabras de Marcelo, y comprendió perfectamente que, poco respetuoso hacia su nuevo título, se había mofado de ella sin piedad.

—Es usted malo conmigo, Marcelo,—dijo la señorita Mimi,—y esto no está bien: yo he sido buena con usted cuando era la amante de Rodolfo; y al fin y al cabo si me he separado de él, suya es la culpa. El fué quien me despidió sin remisión; y además ¿cómo me trató durante los últimos días que estuve con él? ¡Fuí muy desgraciada! Usted no sabe cómo se había puesto Rodolfo: un carácter mezcla de cólera y de celos, que me asesinaba lentamente. Me amaba, ya lo sé, pero su amor era peligroso como un arma de fuego; ¡y qué existencia la mía durante quince meses! ¡Ah! Si usted viera, Marcelo; no quiero hacerme mejor de lo que soy, pero he sufrido mucho con Rodolfo, usted lo sabe tan bien como yo. No es la miseria la que me ha obligado á dejarle, no; yo se lo aseguro, y por otra parte, ya estaba acostumbrada á ella; y además, se lo repito, es él quien me ha echado. Ha pisoteado mi amor propio; me dijo que no tendría vergüenza si me quedaba con él; me dijo que no me amaba ya, que era preciso que me buscara otro amante; llegó hasta el punto de designarme á un joven que me cortejaba, y sirvió,

con sus provocaciones, de lazo de unión entre yo y aquel muchacho. Me fui con él tanto por despecho como por necesidad, porque yo no le amaba; usted sabe perfectamente que no me gustan hombres tan jóvenes, porque son fastidiosos y sentimentales como salterios. En fin, lo hecho hecho está, y no lo siento, y volvería á repetirlo si se ofreciera ocasión. Ahora que no me tiene y que sabe que soy dichosa con otro, Rodolfo está furioso, se cree desdichado; sé de alguien que le encontró uno de estos días; tenía los ojos encarnados. No me extraña, estaba segurísima de que sucedería así y de que me perseguiría; pero puede usted decirle que pierde el tiempo y que esta vez la cosa es seria y definitiva. ¿Hace mucho tiempo que no le ha visto usted, Marcelo? ¿Es verdad que ha cambiado tanto?—preguntó Mimí mudando de entonación.

—Muy cambiado por cierto,—respondió Marcelo.—Muy cambiado.

—Se desespera, no hay duda; pero ¿qué quiere usted que le haga? ¡Peor para él! Lo ha querido; era indispensable que esto terminara definitivamente. Consuélele usted.

—¡Oh! ¡oh!—dijo tranquilamente Marcelo,—lo más importante ya está hecho. No se preocupe usted, Mimí.

—Usted no me dice la verdad, amigo—repuso Mimí con un ligero mohín irónico:—Rodolfo no se consolará tan fácilmente; ¡si usted supiera en qué estado le vi, la víspera de mi separación! Era viernes; no quise quedarme por la noche en casa de mi nuevo amante porque soy supersticiosa y el viernes es un mal día.

—Se equivoca usted, Mimí: en amor, el viernes



es un buen día, pues los antiguos decían: *Dies Veneris*.

—No sé latín,—dijo la señorita Mimi, prosiguiendo.—Volvía, pues, de casa Pablo; y encontré á Rodolfo que estaba de centinela en la calle. Era tarde, más de las doce de la noche, y yo tenía hambre, porque había almorzado mal. Supliqué á Rodolfo que me fuera á buscar algo para cenar. Volvió media hora después; había corrido mucho y no supo encontrar gran cosa de particular: pan, vino, sardinas, queso y un pastel de manzanas. Durante su ausencia me había acostado; puso la mesa al lado de la cama; yo hacía como que no le miraba, pero le veía perfectamente: estaba pálido como la muerte, se estremecía y daba vueltas por el cuarto como un hombre que no sabe lo que se hace. En un rincón apercibió varios paquetes de prendas de vestir que estaban en el suelo. Aquella vista le hacía daño, al parecer, y puso el biombo ante aquellos paquetes para no verlos. Cuando todo estuvo preparado, nos pusimos á comer; me instó á que bebiera; pero yo no tenía ya hambre ni sed, y sentí el corazón oprimido. Hacía frío, pues no teníamos con qué encender lumbre; y oíamos el viento que silbaba en la chimenea. ¡Qué cosa más triste! Rodolfo me miraba, con los ojos fijos; puso su mano en la mía, y sentí que su mano temblaba, helada y ardorosa á un tiempo.

—Es la cena de los funerales de nuestro amor,—me dijo en voz baja. Yo no respondí, pero no tuve valor para retirar mi mano de la suya.

—Tengo sueño—le dije al fin,—es tarde, durmamos.—Rodolfo me miró; yo me había puesto una de sus corbatas en la cabeza para preservarme del frío; y sin pronunciar una palabra me quitó la corbata.

—¿Por qué me quitas esto?—le pregunté;—tengo frío.

—¡Oh, Mimi!—me dijo entonces—yo te lo ruego, ponte por esta noche tu gorro rayado, no te costará mucho.

Era un gorro de dormir de indiana á rayas blancas y negras. A Rodolfo le gustaba verme con aquel gorro, que le recordaba algunas noches agradables, pues era así como contábamos nuestros días buenos. Pensando que era la última noche que dormiría con él, no me atreví á negarle la satisfacción de aquel capricho: me levanté, y fui á buscar mi gorro rayado que estaba en el fondo de uno de mis paquetes: por descuido, olvidé volver el biombo á su sitio; Rodolfo lo notó, y ocultó los paquetes, según había hecho antes.

—Buenas noches—me dijo.

—Buenas noches—le contesté.

Creí que me iba á abrazar, y por cierto que no se lo hubiera impedido, pero sólo tomó mi mano que llevó á sus labios. Ya recuerda usted, Marcelo, cómo sonaban fuertes sus besos. Oí rechinar sus dientes y sentí que su cuerpo estaba frío como el mármol. Apretando siempre mi mano, apoyó su cabeza sobre mi hombro, que al poco rato estaba completamente bañado. Rodolfo estaba en un estado lastimoso. Mordía las sábanas para no gritar; pero yo percibía claramente sus sordos sollozos, y sentía rodar continuamente sus lágrimas por mis hombros, calientes al principio y que se enfriaban luego. En aquel momento tuve necesidad de todo mi valor; y necesité mucho, la verdad. Me hubiera bastado decir una palabra, volver la cabeza: mis labios hubieran encontrado los de Ro-

dolfo, y una vez más hubiéramos hecho las paces. ¡Ah! por un instante llegué á creer que se moría entre mis brazos, ó que se volvía loco, como estuvo á punto de volverse otra vez ¿se acuerda usted? Yo iba á ceder, lo sentía; iba á ser la de antes, iba á estrecharle entre mis brazos, pues fuera preciso no tener corazón para permanecer insensible á tan grandes dolores. Pero me acordé de las palabras que me dijo la noche anterior: «No tienes corazón si te quedas conmigo, porque yo no te amo». ¡Ah! al recordar aquellas duras palabras, aunque Rodolfo hubiera estado en peligro de muerte y le hubiera podido salvar con un beso, habría apartado mis labios y le hubiera dejado morir. Finalmente, rendida de cansancio, me dormí á medias. Oía llorar á Rodolfo, y, se lo juro, Marcelo, aquel llanto duró toda la noche; y cuando al amanecer contemplaba en aquella cama, donde había dormido por última vez, al amante de quien me separaba para lanzarme en brazos de otro, quedé terriblemente asustada al ver las huellas desastrosas que aquel dolor pintaba en el rostro de Rodolfo.

Se levantó, como yo, sin decir nada, y estuvo á punto de caerse al dar los primeros pasos, tan débil y abatido estaba. No obstante, se vistió á toda prisa, y me preguntó únicamente cómo estaban mis asuntos y cuándo me iría. Le respondí que nada sabía. Y se marchó sin decirme adiós, sin darme la mano. Esta fué nuestra separación. ¿Qué tremendo golpe debió experimentar cuando no me halló al volver?

—Yo estaba allí cuando Rodolfo entró—dijo Marcelo á Mimi, fatigada por su larga relación.—Al tomar la llave en la portería, la portera le dijo:

—La fulanita se ha marchado.

—¡Ah!—respondió Rodolfo,—no me sorprende, ya me lo esperaba.—Y subió á su habitación, á donde le seguí, temiendo también alguna crisis; pero no ocurrió nada.

—Como ya es tarde para ir á alquilar otro cuarto para esta noche, lo dejaremos para mañana—me dijo,—y lo buscaremos juntos. Vamos á comer.

Yo creí que quería emborracharse, pero me engañé. Comimos muy sóbriamente en un restaurant en donde alguna vez estuvo usted con él á comer. Yo pedí vino de Beaune para aturdir un poco á Rodolfo.

—Era el vino favorito de Mimi,—me dijo;—á menudo lo hemos bebido con ella en esta misma mesa. Me acuerdo que un día me decía, alargándome el vaso que había vaciado varias veces: «Échame más, porque es como *bálsamo* (1) para mi corazón.» Era una frase muy medianeja, ¿no te parece? digna á lo sumo de la amiga de un sainetero... ¡Ah! y cuánto bebía Mimi. Viéndole dispuesto á encaminarse por los senderos de los recuerdos, cambié de conversación, y no se habló más de usted. Pasó toda la noche conmigo, y estubo más tranquilo que el Mediterráneo. Lo que más me extrañaba, era que aquella calma no era afectada. Era verdadera indiferencia. A las doce de la noche volvimos á casa.

—Te sorprende mi tranquilidad dada la situación en que me encuentro,—me dijo;—voy á hacerte una comparación, amigo mío, y si resulta vulgar, tiene por lo menos el mérito de ser justa.

(1) *Baume*, bálsamo, juega aquí con el nombre del vino *Beaune*,

Mi corazón es como una fuente cuya espita haya quedado abierta durante toda la noche; á la mañana siguiente no queda una gota de agua. Esto es, en verdad, lo que sucede en mi corazón: lloré aquella noche todas las lágrimas que me quedaban. La cosa es singular; pero me creía más rico de dolores, y con una noche de sufrimientos, me tienes arruinado, completamente exhausto, ¡palabra de honor, tal como lo digo! Y en la misma cama donde estuve á punto de expirar la otra noche, al lado de una mujer que no se conmovió más que una piedra, ahora que esa mujer apoya su cabeza en la almohada de otro, voy á dormir como un mozo de cuerda que ha trabajado todo el día.

—¡Comedia! — pensé entre mí; — apenas me marche yo se dará de cabezadas contra la pared.— No obstante, dejé solo á Rodolfo y me subí á mi cuarto, pero no me acosté. A las tres de la madrugada me pareció oír ruido en la habitación de Rodolfo; bajé á toda prisa, temiendo hallarle en un arrebatado de desesperación...

—¿Y qué?—preguntó Mimi.

—Nada, mi buena amiga, que Rodolfo dormía, que la cama no estaba descompuesta y que todo probaba que su sueño era tranquilo y que no había tardado mucho en ser dominado por él.

—Es posible, — dijo Mimi; — estaba tan cansado de la noche anterior... ¿Pero al día siguiente?...

—Al día siguiente, Rodolfo subió á despertarme temprano, y fuimos á alquilar dos cuartos en otra casa, en donde nos instalamos aquella misma tarde.

—¿Pero qué hizo al dejar el cuarto que ocupá-

bamos?—preguntó Mimi.—¿Qué dijo al abandonar la habitación donde tanto me amó?

—Hizo tranquilamente sus líos — respondió Marcelo;—y hallando en un cajón un par de guantes ribeteados que se dejó usted, como también dos ó tres cartas igualmente suyas...

—Ya me acuerdo—observó Mimi con acento que parecía querer decir: «Las olvidé expresamente para que le quedara algún recuerdo mío».—¿Qué hizo de ellas?—añadió.

—Creo recordar que echó las cartas á la chimenea y los guantes por la ventana; pero sin actitud teatral, sin afectación, con mucha naturalidad, como se hace de cosa que estorba.

—Querido señor Marcelo, le aseguro con toda la buena fe de mi corazón, que no le deseo más sino que le dure esta indiferencia. Pero una vez más, le manifiesto sinceramente que no creo en una curación tan rápida, y á pesar de cuanto me dice usted, sigo convencida de que mi poeta tiene el corazón despedazado.

—Puede muy bien ser—respondió Marcelo despidiéndose de Mimi;—pero, ó yo me engaño mucho, ó los pedazos están en buen estado.

Durante este coloquio en medio de la vía pública, el vizconde Pablo esperaba á su nueva amante, la cual llegó en retardo, cosa que desagradó extraordinariamente al vizconde. Lo que no obstó para que cayera á sus pies y la arrullara con su tonada favorita, á saber, que era simpática, blanca como la luna, dulce como un cordero; pero que la amaba sobre todo por las bellezas de su alma.

—¡Ah!—pensaba Mimi soltando las ondas de sus negras guedejas sobre la nieve de sus hombros.—Mi amante Rodolfo no era tan exclusivista.

II

Tal como había dicho Marcelo, Rodolfo parecía radicalmente curado de su amor á la señorita Mimi, y tres ó cuatro días después de su separación, el poeta apareció completamente metamorfoseado. Estaba vestido con una elegancia que debía hacerle desconocer hasta de su propio espejo. Por lo demás, nada en él dejaba sospechar que estuviese dispuesto á precipitarse en los abismos de la nada, como la señorita Mimi propalaba con toda clase de hipócritas lamentaciones. Rodolfo estaba, en efecto, perfectamente tranquilo; oía sin pestañear los relatos que le hacían de la nueva y suntuosa existencia de su amante, quien se complacía en hacerle informar de lo que le ocurría por medio de una mujer que era su confidente y que tenía ocasión de ver á Rodolfo todas las noches.

—Mimi es muy dichosa con el vizconde Pablo, —decían al poeta;—parece que está verdaderamente *enamorado*; una sola cosa la inquieta; el temor de ver turbada su tranquilidad por las persecuciones de usted, que podrían serle perjudiciales, pues el vizconde adora á su amante y posee dos años de esgrima.

—¡Oh! ¡oh! — respondía Rodolfo. — Duerma tranquila, que no siento deseo ninguno de ir á verter un poco de vinagre en su luna de miel. En cuanto á su joven amante, puede muy bien colgar su daga en el clavo, como *Gastibelza*, el hombre de la carabina. No deseo cortar los días de un noble que tiene aún la dicha de *amantarse* de ilusiones.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 13
1000. 1025 MONTERREY, MEXICO

Y como no faltaba quien relataba á Mimí la indiferencia con que su ex amante recibía todas esas noticias, ella por su parte no dejaba de contestar, levantando los hombros:

—Está bien, está bien; ya se verá dentro de algunos días lo que esto significa.

No obstante, aun más que otro cualquiera, el mismo Rodolfo estaba sorprendido de aquella repentina indiferencia, que sin pasar por las ordinarias transiciones de la tristeza y la melancolía, sucedía á las tempestuosas tormentas que le agitaban pocos días antes. El olvido, tan lento en llegar, sobre todo para los desdichados en amor, el olvido que invocan á gritos, y que á gritos rechazan cuando lo sienten cerca de sí; aquel implacable consuelo había súbitamente, de golpe, y sin que él tuviera tiempo para ponerse á la defensa, invadido el corazón de Rodolfo, y el nombre de la mujer que había amado tanto podía ya penetrar en él sin despertar ningún eco. Cosa extraña: Rodolfo, cuya memoria era bastante poderosa para traer á su espíritu las cosas que le habían ocurrido en los días más remotos de su pasado, y los seres que habían figurado ó ejercido alguna influencia en su más lejana existencia; Rodolfo, á pesar de sus esfuerzos, no podía recordar con claridad, al cabo de cuatro días de separación, las facciones de aquella amante que estuvo á punto de romper su existencia entre sus débiles manos. En vano buscaba la dulzura de aquellos ojos á cuya luz se había adormecido tantas veces. Aquella misma voz, cuyas iras y cuyas amorosas caricias le hacían delirar, había perdido para él su timbre. Un amigo poeta, que no le había visto desde su divorcio, le encontró una noche; Rodolfo parecía preocupado

é inquieto, y andaba presuroso por la calle dando vueltas al bastón.

—¡Hola!—dijo el poeta tendiéndole la mano— ¡es usted!—y examinó curiosamente á Rodolfo.

Viendo que ponía la cara seria, se creyó en el deber de expresarse en tono doliente.

—Vamos, valor, amigo mío, la prueba es ruda, pero al fin y al cabo es lo que tenía que suceder; vale más que sea ahora que más tarde; dentro de tres meses estará usted completamente curado.

—¿Qué antifona es esta?—dijo Rodolfo;—que yo sepa, no estoy enfermo, amigo.

—¡Bah! qué diantre—dijo aquél,—no se haga usted el interesante ¡pardiez! Ya sé la historia, y si no la supiese, la leería en su semblante.

—Alerta, no se engañe usted—objetó Rodolfo.—Estoy incomodado, es cierto; mas en cuanto al motivo de mi enojo, no ha puesto usted absolutamente el dedo en la llaga.

—¿Pero, por qué se defiende usted? Si la cosa es muy natural; no se rompen tan tranquilamente unas relaciones que hace dos años que duran.

—Todos me dicen lo mismo—dijo Rodolfo con impaciencia.—Pues bien, le doy mi palabra de honor de que se equivoca, lo mismo usted, que los demás. Estoy profundamente triste, y lo parezco, es muy posible; pero el motivo es éste: esperaba que el sastre me traería un traje, y no ha venido; aquí tiene usted explicada la razón de mi mal humor.

—Malo, malo—dijo aquél sonriendo.

—Al contrario; bueno, muy bueno, inmejorable. Oiga mis razonamientos, y me comprenderá.

—Veamos—dijo el poeta,—ya le escucho; pruébeme usted cómo se puede razonablemente apare-

cer tan triste porque un sastre falte á la palabra. Diga, diga, estoy esperando.

—¡Eh!—dijo Rodolfo,—ya sabe usted que pequeñas causas producen grandes efectos. Esta noche debía hacer una visita muy importante y no puedo hacerla por culpa de mi traje. ¿Se entera usted?

—Ni pizca. No veo en esto motivo suficiente para entristecerse. Y usted está triste... porque... en fin: es usted un tonto guardando estas reservas conmigo. Esta es mi opinión.

—Amigo mío—contestó Rodolfo,—es usted muy obstinado; siempre hay uno ú otro motivo de mal humor si nos falta una dicha ó cuando menos un placer, porque casi nunca lo perdido se recobra; así es que cometemos un error diciendo, á propósito de uno ú otro: Ya te atraparé otro día. Resumen: esta noche tenía una cita con una mujer; debía ir á buscarla á una casa desde donde hubiera tal vez podido conducirla á la mía, si esto hubiese sido más breve que ir á su casa y aunque hubiese sido más largo. En aquella casa hay una fiesta; no se va á una fiesta más que de traje negro; como no tengo traje negro, mi sastre debía traerme uno; y como no me lo ha traído, no voy á la fiesta y no encuentro á la mujer y tal vez la encuentre otro; no me la llevo ni á casa ni á la suya, y tal vez se la lleve otro. Así, pues, según ya le he dicho, yo pierdo una dicha ó un placer; me pongo de mal humor, lo demuestro exteriormente y no hay nada más natural.

—Bueno—dijo el amigo,—ahora que ha sacado un pie del infierno, quiere usted meter el otro; pero, amigo mío, cuando le he encontrado en aquella calle, me ha parecido que estaba haciendo el oso.

—Y es verdad, lo hacía.

—Pero—prosiguió aquél,—la calle está en el barrio donde vive su ex amante; ¿quién me asegura que no la esperaba usted?

—Aunque me he separado de ella, razones particulares mías me han obligado á permanecer en el mismo barrio; pero por más que somos vecinos vivimos tan distanciados como si ella estuviera en un polo y yo en el otro. Por otra parte, é estas horas mi ex amante se halla al lado de la chimenea, tomando lecciones de gramática francesa del vizconde Pablo, que quiere encaminarla á la virtud por el camino de la ortografía. ¡Jesús! ¡cómo la va á viciar! En fin, esto es cuenta suya, puesto que es el redactor en jefe de su felicidad. Ya ve usted, pues, que sus reflexiones son absurdas, y que en lugar de haber adivinado las borrosas huellas de mi antigua pasión, yo estoy á punto de encontrar el rastro de la nueva, que ya está muy próxima, y que lo estará aún más; pues me propongo hacer todo el camino necesario, y si ella quiere andar lo restante, no tardaremos en entendernos.

—¿Pero de verdad, está usted ya enamorado?

—Esta es mi manera de ser—respondió Rodolfo:—mi corazón se parece á esos pisos que ostentan el rótulo de «se alquila» apenas los desalojan los inquilinos. Cuando un amor desaloja mi corazón, pongo un cartel para llamar á otro amor. El sitio se halla en disposición de ser habitado y con las consiguientes reparaciones.

—¿Y quién es este nuevo ídolo? ¿dónde y cuándo lo conoció usted?

—Verá usted—dijo Rodolfo;—procedamos por orden. Cuando Mimi se marchó, yo me figuré que

nunca más me enamoraría, é imaginaba que mi corazón estaba muerto de cansancio, de agotamiento, de todo lo que usted quiera. Había palpitado tanto, por tanto tiempo, tan deprisa, y tan excesivamente deprisa, que la cosa podía ser cierta. En una palabra, lo creí muerto, bien muerto, muy muerto, y ya pensaba en enterrarlo, como á Marlborough. En aquella ocasión, di un modesto banquete de luto al que invité á algunos amigos. Los comensales debían guardar una expresión de dolor, y las botellas llevaban una gasa en el cuello.

—¿Por qué no me invitó usted?

—Dispéñeme, amigo, pero ignoraba la dirección de la nube en donde vive. Uno de los comensales trajo una mujer, una joven, abandonada poco hacía por su amante. Contáronle mi historia; el narrador era un amigo mio que toca muy bien el violoncello del sentimiento. Habló á la joven viuda de las cualidades de mi corazón, aquel pobre difunto á quien íbamos á enterrar, y la invitó á beber por su eterno descanso.—¡Ea!—dijo ella levantando su copa—pues yo bebo, por el contrario, á su salud:—y me lanzó una mirada capaz de despertar á un muerto, según se acostumbra decir, y nunca mejor ocasión de decirlo, pues aun no había terminado su brindis que oí inmediatamente á mi corazón que cantaba el *O Filii* de la Resurrección. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

—¡Donosa pregunta!... ¿cómo se llama ella?

—Lo ignoro todavía, no le preguntaré su nombre hasta el momento en que firmemos el contrato. Comprendo que no he cumplido las diligencias legales bajo el punto de vista de ciertas gen-

tes; pero eso no me da cuidado, pues las solicito á mi mismo, y yo me concedo las dispensas. Lo único que sé, es que mi futura me traerá en dote la alegría, que es la salud del espíritu, y la salud, que es la alegría del cuerpo.

—¿Es bonita?

—Muy bonita, sobre todo de color: parece que se limpia la cara al levantarse con la paleta de Watteau.

Es rubia, y sus miradas como ardientes tizones
Propagan el incendio dentro los corazones.

Testigo el mio.

—¿Una rubia? Me sorprende usted.

—Sí, ya estoy cansado de marfil y ébano, y paso al rubio;—y Rodolfo se puso á cantar dando brincos:

Y cantaremos en coro
si os gusta, amigos,
Que es tan rubia la que adoro
como los trigos.

—¡Pobre Mimí!—dijo el amigo.—¡Qué pronto ha sido olvidada!

Este nombre, mezclado á la alegría de Rodolfo, dió súbitamente otro giro á la conversación. Rodolfo tomó el brazo de su amigo, y le contó extensamente las causas de su ruptura con la señorita Mimí; los terrores que le asaltaron cuando se marchó; su desesperación al considerar que ella se llevaba consigo lo que le quedaba de juventud y de pasión; y como, dos días después, reconoció que se había equivocado, sintiendo los átomos de su corazón, empapados por tantos sollozos y lágrimas, caldearse, inflamarse y estallar á la pri-

mera mirada juvenil y apasionada que le lanzaba la primera mujer con quien topaba. Le contó aquella súbita é imperiosa invasión de olvido que había experimentado, sin que se le ocurriera pedir auxilio al dolor, cuyo dolor estaba muerto y enterrado en el olvido.

—¿No es esto un milagro?—decía al poeta, quien, sabiendo de memoria y por propia experiencia los dolorosos capítulos de las rupturas amorosas, le respondió:

—¡Ah! no, amigo mío, no es ningún milagro, ni para usted ni para nadie. Lo que le sucede me ha sucedido á mi. Las mujeres que amamos cuando se convierten en nuestras queridas, dejan de ser para nosotros lo que son realmente. No las vemos solamente con ojos de amante, sino también con los de poeta. Del mismo modo que un pintor echa sobre un maniquí la púrpura imperial ó el estrellado velo de una sagrada virgen, nosotros tenemos siempre almacenes repletos de mantos espléndidos y de túnicas de lino puro, que echamos sobre los hombros de esas criaturas ignorantes, insípidas ó malas; y cuando las vemos revestidas con los trajes que llevaban nuestras amantes ideales en el azul de nuestros ensueños, nos dejamos engañar por aquel disfraz y encarnamos nuestro ideal en la primera mujer que nos sale al paso, á la que hablamos un lenguaje que no comprende. Y aunque esa criatura, á cuyos pies nos prosternamos, se arranque ella misma la divina envoltura en que la hemos escondido, para hacernos ver su mala naturaleza y sus malos instintos; aunque ponga nuestra mano en el sitio donde debería tener el corazón, donde nada palpita, y donde tal vez no ha palpitado nunca nada;

aunque separe su velo y nos enseñe sus ojos sin luz, sus labios pálidos y sus facciones ajadas, nosotros volvemos á ponerle el velo y exclamamos: «¡Mientes! ¡mientes! Yo te amo y tú también me amas. Este blanco pecho es el estuche de un corazón que late con toda su fuerza juvenil; ¡yo te amo y tú me amas! ¡Eres bella y joven! En el fondo de tus vicios, hay amor. ¡Yo te amo y tú me amas!» Y al final ¡ay! muy al final siempre, cuando después de obstinarnos en ponernos una triple venda en los ojos, nos apercibimos de que nos engañamos nosotros mismos, y echamos á la miserable que ha sido nuestro ídolo hasta la víspera; le arrancamos los velos de oro de nuestra poesía, y al día siguiente los colgamos otra vez de los hombros de una desconocida, que pasa inmediatamente al estado de ídolo coronado de luz: y aquí tiene usted explicado porque todos nosotros no somos más que unos monstruos egoístas, que deseamos el amor por el amor; ¿verdad que me comprende usted? Y bebemos ese divino licor en el primer vaso que viene á nuestros labios.

¿Qué importa la botella, si da la borrachera?

—Es tan cierto como dos y dos son cuatro, lo que usted dice,—respondió Rodolfo al poeta.

—Sí—añadió éste,—es tan cierto y triste como mitad y media verdad. ¡Buenas noches!

Dos días después, la señorita Mimí supo que Rodolfo tenía otra amante. Únicamente se informó de una cosa: si la besaba las manos con tanta frecuencia como á ella.

—Con la misma frecuencia—respondió Marcelo.—Además, le besa los cabellos uno tras de otro, y permanecen juntos hasta acabar la operación.

—¡ Ah!—dijo Mimi, pasándose la mano por la cabellera,—qué suerte no se le haya ocurrido conmigo, porque hubiéramos tenido que estar juntos toda la vida. ¿Pero cree usted de veras que no me ama ya?

—¡ Quiá!... Y usted ¿le ama todavía?

—¿ Yo? nunca le he amado.

—Sí, Mimi, sí, usted le ha amado, en aquellos instantes en que el corazón de las mujeres cambia de sitio. Usted le ha amado, y no lo niegue, porque es su única justificación.

—¡ Bah!—dijo Mimi,—ya ve usted que ahora ama á otra.

—Es verdad—asintió Marcelo,—pero esto no *empece*. Más adelante, el recuerdo de usted será para él semejante á esas flores que se intercalan aún frescas y perfumadas entre las hojas de un libro y que, mucho tiempo después se encuentran muertas, descoloridas y ajadas, pero que conservan todavía un vago perfume de su pasada frescura.

Una noche que tarareaba en voz baja, el vizconde Pablo dijo á Mimi:

—¿ Querida, qué es lo que canta usted?

—La oración lúnebre de nuestros amores que Rodolfo compuso últimamente. Y se puso á cantar:

Se me acabó el dinero, dulce amada,
Pued.s ya ahora prescindir de mí
Y sin pesar, cual prenda desechada
Oídar.me podrás ¿verdad, Mimi?

Me es igual, pues del tiempo disfrutado
Nadie quitarnos puede la ocasión.
¿Qué le vamos á hacer si no ha durado?
Cuanto más corto fue, más ilusión.